

FERNANDO TEJEDA



LOS BOSQUES DE ANTUCO.

"Antuco". Así se llama el lugar bautizado por los Pehuenches:

Antu = sol

Co = agua

Reino del sol y del agua que hicieron crecer enormes superficies de bosques. Y allí en medio, el volcán. Eso sucedió hace siglos, en un tiempo en que los europeos aún no sabían de la existencia de América. Esos Bosques crecieron por cientos de años con toda tranquilidad. Sólo el vuelo del cóndor y el rugido del puma acompañaron este natural desarrollo.

En 1492 llegó Cristóbal Colón, los "descubridores" y "conquistadores". Comenzó la explotación. Primero querían el oro de América, luego tomaron a los indios como esclavos. Los asesinaron. La historia tomó el rumbo que todos conocemos. Cuando llegaron los españoles, la población de América era de 80 millones. Después de sólo 50 años quedaban solamente 10 millones de indios. Sólo el oro tenía valor, no la vida.

Hoy se acabó el oro. Pero hay árboles, que algunos no vacilan en transformarlos en dinero fácil. La vida de las personas de Antuco, en América, en todo el mundo, no les interesa. Los bosques, cuyo crecimiento comenzó antes de la llegada de Colón y que son el habitat de miles de especies de animales y que mantienen a la tierra y su clima en equilibrio, son brutalmente cortados, la mayoría de las veces, para un consumo inútil.

Todos sabemos que sin estos bosques no es posible continuar.

¿Por qué lo permitimos? ¿Por qué lo aceptamos en contra de nuestra voluntad? Yo he visto como grandes zonas de bosques en Antuco se han transformado de a poco en desierto. Aún los mantengo en la memoria en su esplendor pasado. Bosques por los que caminé cuando niño, ya no existen.

Desde hace algunos años, dedico toda mi energía para denunciar esta explotación desmesurada de la tierra.

Desde entonces, he contado por muchos países del planeta sobre los bosques de Antuco, como una manera quizás desesperada de conmover la mente y el alma de las personas que ven mis pinturas.

Este ciclo de pinturas es una declaración de amor a Antuco y sus bosques, una declaración de amor a la naturaleza. Pero es también un llamado de auxilio, dirigido a todos y especialmente a los que creen y piensan en el futuro, a los que creen que vale la pena preservar el medioambiente para salvar así toda la humanidad.

Fernando Tejada